

# Reformas minoritarias en materia religiosa

## Alfredo Fierro

Catedrático emérito de la Universidad de Málaga

¿A DÓNDE VA LA RELIGIÓN, A DÓNDE LAS RELIGIONES?, ¿EMERGE EN ella, en ellas algún nuevo paradigma? No es fácil contestar a eso cuando la noción misma de paradigma en epistemología, en teoría y/o historia de la ciencia conoce variadas acepciones y dista mucho de ser clara e inequívoca. Más difícil aún es aplicarla al ámbito de lo religioso, tratar de ahormar en ella la evolución de una religión concreta.

En el pasado lo más semejante a un reemplazo de paradigma en la historia de la religión de Occidente, del cristianismo, ha sido la Reforma de Lutero, Calvino, Zwinglio y otros. Al propio Jesús, no tanto fundador del cristianismo, que no lo fue (sino, más bien, Pablo de Tarso), se le puede considerar revolucionario reformador del judaísmo. El cristianismo sería la Reforma paradigmática del judaísmo al igual que la Reforma luterana, evangélica, lo fue del catolicismo medieval.

En cualquiera de las acepciones sea de paradigma o de Reforma religiosa, la mayoría de las religiones oficiales ahora vigentes no exhiben signos de cambio paradigmático o reformador: no el catolicismo, el islamismo tampoco. Las versiones de budismo que recién se han trasplantado a Occidente con monjes, monasterios, templos y retiros espirituales en ellos, no muestran tampoco discontinuidad respecto a sus respectivas tradiciones. El «neobudismo» adaptado al gusto occidental, aparte de conservar tradicionales creencias, no difiere mucho del antiguo budismo, que, más que una religión, era una moral y una espiritualidad.

En minorías del Occidente ilustrado, sí que hay algo más que barruntos de metamorfosis religiosa profunda. Los hay desde la *Aufklärung*, desde el Siglo de las Luces, que es el momento del mayor vuelco ideológico después de Renacimiento y Reforma, vuelco que se resume en un principio: Ilustración frente a revelación.

El judaísmo religioso más culto asumió ese principio antes y más a fondo que el cristianismo. Tempranamente instruido en Spinoza, Moses Mendelssohn (abuelo de los compositores Felix y Fanny), más tarde

Hermann Cohen, Franz Rosenzweig y, ya en el siglo XX, Emmanuel Levinas y Martin Buber, cierto judaísmo intensamente espiritual, no laico, ciertamente minoritario, parece haber conocido una reforma, por no decir una refundación no menor que la luterana.

El impacto de la Ilustración se está dejando notar más despacio en el cristianismo, seguramente porque los cristianos cultivados, ilustrados, viven dentro de una sociedad mayoritariamente cristiana, religiosamente dogmática, en la que resulta muy difícil hacer mella. A ellos no les faltan los maestros que en la Ilustración, sin abandonar el cristianismo, diseñaron un nuevo paradigma religioso, sea de religión natural (la «Confesión del vicario saboyano» en el Emilio de Rousseau; incluso Hume puede ser leído así), sea de una «religión en los límites de la razón» (Kant), en el que a la «revelación» (dicho en prosa: la Biblia) se la podía ver como educadora del género humano (Lessing). El impacto de los filósofos ilustrados teístas se hizo notar en el siglo XIX tanto en la proliferación de «cristianos sin iglesia» (calificación que adjudica Kolakowski también a otros versos sueltos de la fe en el pasado), como en el auge en ámbitos reformados (apenas entre católicos) de una potente y hegemónica «teología liberal» nacida en Schleiermacher y solo contestada, una centuria después, por la neoortodoxia reformada de Karl Barth.

También en ámbito protestante floreció a mediados del siglo XX, y fue saludada como «nueva Reforma», una interpretación secularizada del evangelio y hasta una «teología de la muerte de Dios»: paradoja de una teología sin Dios, pero con Cristo. Un par de libros, no los más radicales, llegaron a ser superventas en esa onda, seguramente los últimos *bestsellers* teológicos: *Sincero para con Dios* del obispo anglicano John Robinson (que después de ese librito rompedor se moderó no poco) y *La ciudad secular* del teólogo baptista Harvey Cox (que también luego se aplicó a temas menos conflictivos). A ellos les precedió e inspiró el luterano Dietrich Bonhoeffer, fusilado por los nazis, con la publicación póstuma de sus cartas desde la prisión bajo el título de *Resistencia y sumisión*.

127

A parecida interpretación del evangelio, a una religión con Cristo, pero sin Dios, se aproximaron algunos teólogos de origen católico, aunque sin la contundencia ni influencia de los reformados. Por su lado, la teología latinoamericana de la liberación apuntaba a un nuevo paradigma, quiso provocarlo y así se autoproclamó, pero no lo consiguió ni de lejos: solo removió las conciencias de los cristianos progresistas. Vista con la perspectiva histórica del medio siglo transcurrido desde su momento álgido, esa teología ni siquiera logró marcar un significativo corte entre un antes y un después.

Tampoco marca un antes y un después el jesuita Teilhard de Chardin, que no ha dejado estela alguna. Y, sin embargo, su doctrina, no bien trabada ni argumentada, sí que proporcionaba elementos válidos para un relevo de paradigma. Propuso Teilhard un giro teológico -heterodoxo- de extraordinaria envergadura: en vez de un Dios Alfa, creador del mundo, un Dios Omega, consumidor, fruto de la evolución; y, al

**«Si en otro tiempo desde el ateísmo se vio a la religión como fruto de miedos ancestrales, del inconsciente reprimido (Freud), o como opio del pueblo necesitado de consuelo (Marx), ahora se la ve como ectoplasma de neuronas no racionales del encéfalo: procedentes de ahí, ideas y sentimientos religiosos resultan ser un producto meramente humano; no es algún dios quien ha creado o se ha revelado a los hombres, sino el hombre quien crea a sus dioses».**

lado de él, un Cristo evolucionador, impulsor de la historia. Eran ideas sugeridas por biólogos evolucionistas, vagamente deístas, como Julian Huxley y John Haldane, ideas, sin embargo, que no han hecho escuela en la teología cristiana, aun menos en el cristianismo de base.

¿Se está produciendo ahora algún cambio religioso de calado? No lo parece, pero eso, en todo caso, solo se verá retrospectivamente en el futuro. De momento cabe arriesgar algunas tesis o hipótesis no mal fundadas: las novedades han surgido bajo la influencia y en la convergencia de los antecedentes mencionados; se detectan no en la masa de los creyentes, sino en minorías religiosas o de espiritualidad; y la ruptura, en fin, respecto al pasado, caso de darse, no será tan brusca y honda como la considerada por Thomas Kuhn como «revolución científica» por excelencia, la que trastornó y trascendió el paradigma de Newton.

Evidente relación con los antecedentes de los dos últimos siglos guardan las principales líneas de mutación hoy apreciables en la religiosidad occidental ilustrada respecto a la tradición judeocristiana de donde procede:

1. La creencia, asumida por filósofos teístas del siglo XVIII, en una natural religiosidad de los humanos y en la consiguiente religión natural y racional dirigida a un Ser supremo único es ahora retomada por algunos teólogos ilustrados. Merced a lo que llaman una «neuroteología»<sup>1</sup> piensan poder cimentar la religión en el hecho de que las ideas religiosas, al igual que las morales, tienen sede en zonas específicas del cerebro. Ese hecho o dato les conduce no tan lejos como a la afirmación de la existencia de un tal Ser, pero sí al postulado del carácter connatural al «Homo sapiens» de la actitud religiosa. El dato de neurociencia, sin embargo, es ambiguo de raíz, pues en opuesta interpretación sirve para descalificar las altas pretensiones de cualquier fe. Si en otro tiempo desde el ateísmo se vio a la religión como fruto de miedos ancestrales, del inconsciente reprimido (Freud), o como opio del pueblo necesitado de consuelo (Marx), ahora se la ve como ectoplasma de neuronas no racionales del encéfalo: procedentes de ahí, ideas y sentimientos religiosos resultan ser un producto meramente humano; no es algún dios quien ha creado o se ha revelado a los hombres, sino el hombre quien crea a sus dioses.

2. Otra línea se origina en lo que fue el ecumenismo a comienzos del siglo XX. En la dirección que entonces trataba de acercar a cristianos de diferentes confesiones, ahora, mucho más allá del ecumenismo intracristiano, algunos teólogos heterodoxos han asumido una compenetración, por no decir fusión, hasta hoy impensable, entre distintas religiones, sobre todo del cristianismo con budismo e hinduismo.

Un teólogo católico ha recién aparecido con un libro cuyo título ya lo dice todo: *Sin Buda no podría ser cristiano*<sup>2</sup>. Este teólogo ve al Cristo a la manera de otro Buda. Al igual que a Gautama, a Jesús le considera

1 Andrew Newberg. *Neurotheology*. Columbia University Press, 2018.

2 De Paul F. Knitter, publicado en castellano por Fragmenta Editorial, Barcelona, 2016.

# **«La actual espiritualidad sin religiosidad, asumida por no pocos intelectuales agnósticos, pero también popular entre adeptos de la meditación, del mindfulness, del yoga, no se deja definir fácilmente»**

«el Iluminado», «el Despierto». Extrae de ahí una identidad religiosa de doble pertenencia y se confiesa cristiano-budista.

En la fusión cristiano-hindú nadie ha insistido y profundizado tanto como Raimundo Pániker (o Raimon Pannikar), que ya en 1971 hablaba de «el Cristo desconocido del hinduismo». Pániker se autodefinió situado en una encrucijada o intersección de identidades religiosas no excluyentes entre sí: «Salí cristiano, me he descubierto hindú y regreso budista, sin dejar por ello de ser lo primero».

3. Más allá incluso de las complicidades entre religiones -y aquí está seguramente la ruptura más patente respecto al pasado- han aparecido una religión sin Dios ni dioses y una espiritualidad sin religiosidad: espiritualidad laica, sin dioses, sin religión, sin creencias<sup>3</sup>.

La religión sin dioses no es solo de hoy. El budismo primigenio lo fue. Cuando al Buda le preguntan por los dioses, guarda silencio y sonríe. Por eso, resulta incluso dudoso ver al budismo como una religión, cuando más bien es una moral, una sabiduría, una espiritualidad.

La actual espiritualidad sin religiosidad, asumida por no pocos intelectuales agnósticos, pero también popular entre adeptos de la meditación, del *mindfulness*, del yoga, no se deja definir fácilmente. No corresponde a una noción bien circunscrita, antes bien, a una abstracción y una sensibilidad difusas, por no decir confusas. Parece consistir en rechazar el materialismo y el hedonismo vulgar, en creer en —y en tratar de contactar con— energías no materiales del universo, no perceptibles por los sentidos y no explicables racionalmente. A la creencia en ondas y energías impalpables contribuyó mucho hace un siglo el invento de la radiodifusión; ahora contribuye la omnipresencia y conciencia de un mundo virtual. En esa orientación la nueva espiritualidad invita a unirse a la Vida (así, con mayúscula) transpersonal, a considerarse ondas de minúscula energía, granos de polvo en el cosmos, en

3 Así. Marià Corbí, director del Centro de Estudios de las Tradiciones Religiosas (Barcelona).

imprevista y antitética reinterpretación de la sentencia del Miércoles de Ceniza: «eres polvo y en polvo te convertirás». Ahora, polvo de estrellas.

4. Una última línea puede describirse como mitoteología de apropiación poética y/o narrativa de creencias y mitos religiosos sin creer en ellos, a sabiendas de no estar hablando de «verdades» objetivas sobre dioses o entidades sobrenaturales, antes, al contrario, con plena conciencia de poetizar o fantasear acerca de ensoñaciones humanas<sup>4</sup>. El silencio agnóstico queda entonces puntuado por símbolos y relatos tomados de tradiciones religiosas, aunque ahora desprovistos de cualquier pretensión de realidad. Sale de ahí una teología –o, mejor, mitoteología– poética y también narrativa, que puede servirse del símbolo de Pentecostés<sup>5</sup> o de la cruz de Cristo como quien lo hace con la leyenda de Fausto. Salen igualmente de ahí obras plásticas de creadores ateos declarados: pinturas de Miquel Barceló en la catedral de Palma de Mallorca, catedral de Brasilia de Oscar Niemeyer.

Son líneas, desde luego, compatibles, y que podrían converger, fundirse en una revolución paradigmática conducente a un postcristianismo religioso o espiritual. Son, sin embargo, minoritarias, vigentes solamente en círculos muy reducidos, lo que torna improbable una verdadera revolución. En ciencia basta con que círculos selectos cambien de paradigma. En religión no es suficiente con eso. Pese a cambios radicales en teólogos e intelectuales, la religión del pueblo, de la gente, puede permanecer intocada. No hay, por tanto, a la vista ninguna novedad paradigmática en esa religión. No parece incubarse nada semejante a lo que sucedió en Europa con la Reforma protestante a comienzos del siglo XVI. —

4 Es la poética de *A un dios que pueda oír* (Barcelona: Anthropos, 2019) y la narrativa de *Historias del dios* (Barcelona: Anthropos, 2016). Pido disculpa por la autocita.

5 Así Gustav Mahler incluyendo el texto de la antifona litúrgica *Veni, creator Spiritus* en su Octava Sinfonía.